

# Monosílabos

“Amor es el intercambio de dos fantasías y el contacto de dos egoísmos” (P. AUGUEZ)



Josefina Solano  
Maldonado

Filóloga.  
Premio ex-aequo.  
Narraciones Breves  
Modalidad B

A veces había una calma completa. Adriel sólo distinguía el canto de los grillos que no conocían la vida de los hombres, ni la calumnia de la memoria, ni la traducción esquivada de la realidad. Lo dominaba una angustia abrasadora por Delia, su esposa. Era aún muy joven, pero había viajado a una zona desconocida de su ser, donde la locuralo invadía todo como una lepra, y se agazapaba en su memoria, reptando sobre ella con su cuerpo de serpiente venenosa.

Desde el salón distinguía las líneas de su cuerpo, la cabellera negra esparcida por la almohada,

las manos que palpitaban en la semioscuridad de la habitación. A pesar de todo la amaba de nuevo, porque estaba lejana, porque había aprendido a amarla desde que se había marchado al otro lado para tropezar con los sueños, para caer mil veces en una sima sin límite, para llenar las hojas en blanco del delirio con la blasfemia repetida de los monosílabos.

Delia había ingresado en un mundo que antes había existido únicamente de manera impalpable, y que ahora la situaba en un confuso juego de espejos, como si tuviera las retinas convexas y todo presentara una visión deformada, siendo breves los destellos que la hacían pasar al universo de los otros. Su lenguaje había ido reduciéndose a un conjunto de monosílabos que pronunciaba con rapidez, con la voz sonora de su garganta, o la muda elocuencia de su interior. Delia estaba dentro de los monosílabos que siempre rabiosos testarudos, feroces, estúpidos y caprichosos como los niños “la sal, mis ser, el mar, paz, hoy, la hoz, la sal de mi ser, la hoz del mar, un hoy de sal...” Hablar con monosílabos suponía ya no temer a nada ni a nadie, combatir hasta el fin con un valor empecinado, huir a cualquier parte de la desmemoria para barrer sombras con la sombra de las palabras que conformaban las expansiones de la demencia.

El tiempo se había detenido para ella en el monosílabo de las “dos”, y a las doce eran las dos, y a las siete decía “son las dos”. Siempre las dos, un silogismo que buscaba lo inaprensible en su fijación constante.

El día era un perpetuo “sol” igual que la noche era “más sol”. “Hay sol” decía cuando éste brillaba radiante, y cuando el cielo era añil había para ella también sol, y en mitad de un invierno denso y oscuro habitaba también el sol.

Dentro de su configuración monosilábica la llega a cualquier sitio era “huir”, y el regreso para Delia era “ir”.

“Hay sol, huir, son las dos, paz, fe, no sí, ir, hay sol, sol, sal, ser, la sal de mi ser, el pez y el mar, oíd el mar... hay sol, son las dos, hay que huir...”

Toda forma de música o sonido lo figuraba con dos monosílabos: sin voz, y el silencio más profundo era siempre “un son”. Sólo existía un “Tú”, consumaba en un singular de persona gramatical toda la concurrencia que podía albergar su memoria.

“¿Quién soy yo? Soy un ser de sal, un yo sin voz, un tú con son, voy a ti sin ti, ¿quién soy? ¿Quién soy yo?” Cuando los monosílabos conformaban la lucidez haciéndola pensar desde el lado de la razón, cuando una interrogación de monosílabos encontraba como respuesta monosílabos de zozobra que la retrataban con

la orfandad de la lógica y la sensatez, acudía el llanto para mojar aquel trozo minúsculo de cordura, que pronto declinaba en una carcaxada nerviosa y sin resortes, que traducía nuevamente su evasión.

Po un momento se daba cuenta de que se había quedado encerrada en alguna parte oscura, tras la reja sólida de la desmemoria, y entonces lloraba porque no quería aquellos retazos de lucidez, prefería el olvido y por eso acudía pronta la risa y un monólogo callado de monosílabos sin orden ni concierto en el argumento de la dicción “la sal, mi ser, el mar, pan, pez, hoy, la hoz, la sal de mi ser, la hoz del mar, un hoy de sal... Hay sol, huir, son las dos, paz, fe no sí, ir, hay solo, sol, sal, ser, la sal de mi ser, el pez y el mar, oíd el mar... hay sol, son las dos, hay que huir, hay que huir, hay que huir, hay que huir...” decía como un robot que hubiese sido programado para repetir un final cuya huida era la llegada nuevamente al otro lado, al lado que albergaba la risotada nerviosa, el lado donde se perdía la costumbre de llorar.

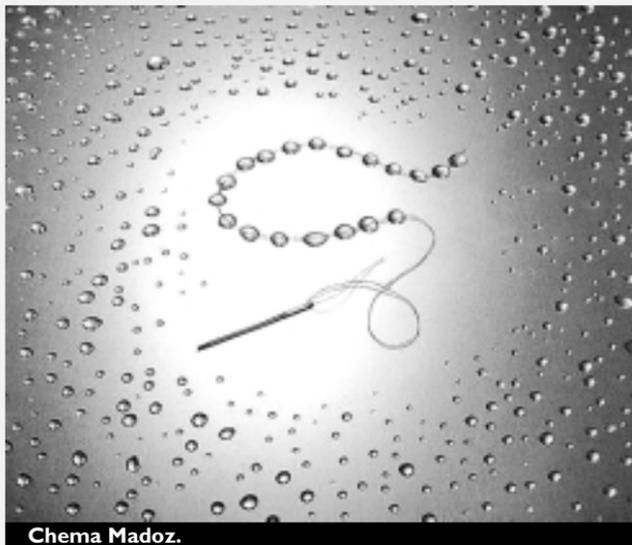
Era bien entrada la madrugada cuando Delia se levantó. Adriel continuaba en el salón leyendo.

-¿Dónde vas Delia?

-Son las dos.

-Venga, te acompaño a la cama.

-No, son las dos, son las dos. Hay más sol, y oír, ir.



Chema Madoz.

El desistió de un nuevo intento para llevarla al dormitorio, y observó que la rigidez de sus facciones se iba suavizando, ya no tenía aquella expresión tensa que había mostrado cuando él la había agarrado del brazo para hacerla volver a la cama. Delia inició una arrebatación maniobra de limpieza, agitaba un trapo por encima de los muebles, que quedaban llenos de lametazos, el polvo formaba una nube que se desplazaba por el salón, hasta que las partículas se posaban en superficies idénticas a las de donde habían sido desplazadas.

-¿Ves? ¿Ves? Son las dos, hay más sol

Adriel sintió su voz cálida pero demasiado extraña, demasiado lejana, en el lado frío impertérrito de los monosílabos. Miró el espejo del fondo, y se le antojó que allí el cuerpo de Delia se había volatizado y no había quedado de ella más que un fantasma de palabras gastadas, palabras que existían para que otras murieran, el verbo “amar” estaba ya muerto dentro de ella, igual que las palabras “abrazos” y “besos”. De repente todo le resultó aburrido, mezquino y triste.

-¡Ay Dios! Dios de miel, Dios de sol, Dios de pan, Dios, Dios -soltó Delia mientras ordenaba con torpezas las rosas del jarrón.

Súbitamente Adriel maldijo aquel monosílabo “Dios”, porque arrastraba con él un vacío solemne, lo arrastraba todo hacia la nada, Dios también pugnaba en la lengua monosilábica de Delia pero no era de miel, ni de sol, ni de pan. Dios, encerrado dentro de ella, era hiel, oscuridad y hambre. Adriel lo maldijo de nuevo porque su monosílabo había suicidado el amor en la enfermedad mortal del olvido de su propio nombre. ¿Qué largura de meses, años, siglos, puede tener un dolor? Se preguntaba, hallaban como respuesta un maldito monosílabo: Mil. ¿cuántos grados bajo cero de ausencia en la presencia podría aguantar él? Y e la acritud del pensamiento otro monosílabo contestaba: cien. Se sentía perdido en su creciente exaltación, tenía que imaginarla fuera de aquel terrible lenguaje y no pedía más que reducirla al caos, la sal o la hiel.

Delia, después de deshojar dos rosas, se sentó en la butaca. Su marido se arrodilló delante de ella, le cogió las manos y se las besó. Luego la miró como si quisiera averiguar algo detrás de sus ojos que no fuera monosilábico e incoherente.

“Tú me ves a mí, yo te veo, tú me das el sol, tú me das la luz, lo sé y tú no, sólo yo lo sé, no hay un hoy, hay un ayer: tú y yo, los dos... Dios, mi Dios es una flor de hiel, te... te... te...”

Después del monólogo hilvanado en el silencio de Delia, volvió a reír enseñando sus blancos dientes, y Adriel reconoció que aquella risa voluptuosa estaba de acuerdo con su persona, todo en ella era ansiedad: su respiración, su mentón pronunciado, su mirada aguda, la mano que se agarraba con firmeza a la suya, el “te” que se apretaba en sus labios sin rematarse en el verbo, intuido en el fondo, y prohibido por la norma monosilábica de la desmemoria. Levantó la mano y la apoyó sobre su pecho para notar el latir tranquilo de su corazón. Igual que un relámpago aguijoneando la noche con su claridad de azufre, aquel instante adquirió dimensiones que sobrepasaban en Adriel todo asomo de cordura, que lo unía a un monosílabo “fin” inalterable sobre todas las vicisitudes y la progresión de la derrota. Los latidos vibraban ahora con violencia, ella lo miraba con la ternura de quien se sabe víctima y lo acepta. Las manos de su marido estaban ya sobre su cuello, sobre sus ojos temblaban las líneas de su pecho en donde antaño las caricias lo habían hecho estremecer bajo manos ávidas, bajo dedos ardientes, secos o húmedos, dedos amantes o sólo viciosos, que ahora en un ímpetu descontrolado apretaban la garganta, exasperados por las desilusiones. Delia antes de rendirse del todo, se enfrentó a la arrasadora norma monosilábica y lo dijo:

-Te amo.

Por primera vez en mucho tiempo sí había roto la muralla para venir al lado de los sentimientos verdaderos. Adriel soltó su cuello y la abrazó, aún quedaba en ella el amor, necesidad de dar y recibir amor. Le sostuvo de nuevo las manos y supo que él era el monosílabo que explicaba todo su existir en un “Tú”, él en su “Tú” contenía el cálido alborozo de su mundo, su único pulso de libertad frente a la locura, en un “Tú” estaban los dos amándose para siempre, con el misterio de un cariño que atravesaba la derrota para que sus lágrimas al fin mojaran las sonrisas.

Adriel supo que ya no podría vivir sin Delia y su memoria de monosílabos, que siendo incapaz de amar alojaba en lo hondo un verdadero y perenne “te amo”.